

anima, con la misma voz que, accidentalmente, ha desesperado á muchos.

Y de este modo, cuando habeis reconstruido la personalidad de Renan, después de una visita á su clase y de una lectura de sus libros, os explicais perfectamente la retractación de Lemaitre, y la posibilidad de que, aún rechazando sus doctrinas, llegéis á amarle como á un gran maestro.

1891.

LA SORBONA POR DENTRO

LAS CLASES PÚBLICAS

Aún resonaba en mi oído el rumor sordo y continuado de la multitud, escuchado la tarde anterior en el *vernissage* del Campo de Marte, cuando entré en el patio silencioso y severo de la vieja Sorbona.

El cielo amenazaba lluvia, y daba apenas una luz cernida, gris, melancólica, á los muros negruzcos y frios, cuya larga sombra caía sobre el empedrado, hasta tocar la puertecilla por donde se sube á la *Escuela de estudios superiores*.

Me detuve un momento, impresionado por el contraste, por la desilusión que, á primera vista, me produjo un movimiento de disgusto. No podía librarme de los recuerdos de la tar-

de pasada. Volví á verme chapoteando el barro de la avenida Rapp, colgado del brazo de Pinna, el director de la *Ilustración Portuguesa*, y sorteando las oleadas de señoras elegantes, de pintores, de críticos, que salían y entraban constantemente, haciendo rechinar el torno numerador de la puerta. Todo aquel ruido volvió á sonarme en el cerebro, y me hizo olvidar la Sorbona y el objeto que á ella me traía. En vez de las puertecillas estrechas y modestísimas del rectorado, del paraninfo, de la clase donde explica Aulard su *Historia de la Revolución francesa*, veía yo la decoración brillante y policroma del gran palacio de Bellas Artes. Veíame al pié de la doble escalera monumental, parado frente á un anciano que bajaba lentamente, sostenido por un joven, mientras Pinna me decía al oído:

—Ese es M. Pasteur.

Veía luego la galería llena de cuadros y de estatuas: la dramática figura de Victor Noir tendida en el suelo, con la rigidez de un cadáver; el grupo naturalista del leñador y la muerte, trasunto brioso de los versos sencillos de Lafontaine.

A la entrada del Salón, entre un grupo de señoras ricamente vestidas, con trajes caprichosos, de circunstancias, donde luce todo el ingenio y el gusto de la parisién, descollaba la estatura gigantesca de Leconte de Lisle, cuya cabeza roja, adornada de una melena blanca y

espesa, parece la de un yankee. Más lejos, en los vaivenes de la multitud, percibíase un trozo del Salón, cuyo fondo venía á decorar hermosamente un paisaje de Lhermitte, y ante él, de vez en cuándo, veíase la cara de artista, orgulloso de sus triunfos, de Carolus Duran.

Charlamos Pinna y yo del Salón, del cuadro de Meissonier, asediado por el público, de las figuras de Ribot, tan sombrías y hermosas; del arte francés, de los pintores y de los poetas. De pronto, Pinna me señaló con un gesto á un caballero que pasaba,—un muchacho casi, vestido como un figurín, irreprochablemente—, y me dijo sonriendo:

—Ahí tiene usted al joven Hugo, al nieto del gran poeta.

.....
Al llegar aquí en mis recuerdos, el reloj de la Sorbona hizo sonar cuatro campanadas. Era la hora de mi cita con M. Lavissee, el director de la sección de historia en la Facultad de letras.

Volví á la realidad, y lentamente, por la puertecilla que se abre á la izquierda, en el ángulo opuesto á la del anfiteatro, pasé de la antigua á la nueva Sorbona.

* * *

El régimen viejo y el nuevo viven en la Sorbona lado á lado, tocándose en una comu-

nidad de sitio que todavía hace más visible aquella entrada provisional, estrecha y obscura, que del patio antiguo conduce á las clases modernas. Y sin embargo, ¡cuánta diferencia entre uno y otro!

Antes de la reforma, todos los cursos de la Facultad, como los del Colegio de Francia, eran públicos. Los oyentes, en vez de ser estudiantes atraídos por el deseo de un trabajo sólido y profesional, eran la masa heterogénea de señoras, curiosos desocupados ó *dilettantes* científicos, que entraban y salían en las aulas, buscando, ó el discurso retórico en que el profesor debía lucirse, ó el interés frívolo de una cultura vaga y de segunda mano. No era difícil entonces ver —como yo he visto en el Colegio de Francia— tal cual oyente que iba á leerse su *Petit Journal* al amor del recinto bien caldeado, y con la música del discurso por excitante.

Con estas condiciones, ni el trabajo de clase podía pasar de las conferencias, ni éstas de un acierto tono de vulgarización para ajustarse al promedio intelectual del público.

Hacíase, pues, eminentemente necesaria la reforma. Lo primero era tener alumnos, verdaderos estudiantes, que acudiesen á la Facultad con un propósito docidamente científico; y para traerlos, la primera condición había de ser ofrecerles casa propia, como quien dice, separándolos del público de los cursos ordina-

rios. Así empezó á realizarse en 1880, creando cursos cerrados (*fermés*) especiales para los estudiantes.

Estos cursos son hoy numerosísimos; pero no han conseguido suprimir por completo las conferencias públicas. De aquí que, en realidad, haya en la Sorbona dos Sorbonas distintas; una, la tradicional, de clases abiertas á todo el mundo, de conferencias más ó menos retóricas ó científicas, según los casos; otra, la nueva, con un grupo escogido de estudiantes, con clases donde se trabaja en serio y con propósito educativo, mediante ejercicios prácticos ó investigaciones personales de los alumnos; con una biblioteca especial para éstos, que encuentran en ella, á la vez, un laboratorio y un centro de cultura.

El espectáculo no puede ser más diferente cuando se entra en una clase pública; la de *Geografía* de Himly, decano de la Facultad; la de *Historia de la Revolución*, de Aulard; la del *Renacimiento*, de Gebhart; la de *Arqueología*, de Collignon, etc. La Sorbona parece una sucursal del Colegio de Francia. El mismo público mezclado, las mismas caras curiosas, la misma abundancia de señoras extranjeras é institutrices parisienses y de señores viejos, que se duermen á mitad de lección.

La clase de Aulard tiene aún más acentuado este carácter. No parece una clase, sino un Congreso. Robosa de oyentes, apretados unos

contra otros en los asientos, de pie en lo alto de la gradería, obstruyendo la escalara de entrada.

Allí van á enardecer su fe y su entusiasmo los republicanos viejos, los que se han batido en las calles ó han sufrido las persecuciones bajo el segundo imperio. Van como al club, á oír una conferencia que para ellos, más que sentido histórico, tiene sentido político; á reostrar una vez en semana los recuerdos gloriosos de la gran Revolución. Verdad es que Aulard no parece tener nada de fanático, que no es alabanza todo lo que dice; que á seguida de reivindicar con mesurada discreción la memoria de Danton, pone de relieve la figura antipática de Hebert y la silueta jacobina y sanguinaria de Billaud-Varenes.

Aulard conoce perfectamente el asunto de sus lecciones. Ha hecho trabajos nuevos de investigación, poniendo en claro multitud de puntos de aquel terrible y grandioso movimiento.

La Revista que se publica en París, especialmente dedicada á la historia de la *Revolución francesa*, contiene, en casi todos sus números, estudios de crítica, noticias de documentos nuevos y datos biográficos de personajes, debidos al trabajo y á la erudición de Aulard.

En la cátedra es un excelente orador, sobrio pero de gran colorido, y de una elocuencia histórica, de un vigor y energía en la frase,

realmente poco comunes. Jamás adopta el tono declamatorio; pero sus palabras impresionan fuertemente á los ánimos. El interés que producen sus cuadros históricos, contruidos con ayuda de numerosas notas (muy bien escogidas para caracterizar los hechos y los hombres) se cambian á veces en entusiasmo. Un amplio estremecimiento agita al público: los que toman notas, detienen el lápiz, y en toda aquella masa heterogénea, vibra por un instante la nota unísona de un sentimiento común: el placer estético que produce la narración, cuando acierta con la nota viva y dramática, evocando, como lo han hecho Thierry y Mommsen, la realidad histórica.

No se me olvidará nunca aquel retrato brioso y sincero de Billaud-Varenes que le oí á Aulard en una de sus conferencias. Volvió á vivir, mágicamente evocada por la historia, la figura terrible y extraña del secretario de Danton, federal al principio, jacobino furioso más tarde, pidiendo la cabeza de su confiado amigo. Comprendí mejor que nunca, cuán complejo es el ser moral del hombre, y cómo pueden contenerse en él, á la manera de estratos superpuestos, las cualidades que más contradictorias parecen (realizando esa ilusión tan querida por los literatos psicólogos modernos, de la duplicación del yo), al ver cómo en Billaud-Varenes se combinaba una honradez intachable á un espfritu sanguinario, que toda-

vía en la hora de la muerte, ocurrida lejos de la patria, en Caledonia, se declaraba impenitente y satisfecho de sus crueldades, como si las hubiese realizado en cumplimiento del más sagrado deber de patriotismo.

Ninguna de las otras clases públicas reúne este doble interés dramático y político: pero tienen siempre el científico que les dan los profesores. El carácter varía poco de unas á otras, como también los oyentes. Las señoras tienen sus preferencias, que á veces deben radicar en motivos de la más íntima psicología femenina. Así, la clase de monsieur Gebhart, que explica la época de Julio II, Maquiavelo y Miguel Angel, casi no da entrada á los hombres. El público del otro sexo lo invade todo, y esta vez el elemento joven está en mayoría. La clase, en efecto, es muy amena y aún divertida, tomando la palabra en su sentido más respetuoso.

El curso de M. Lemonnier sobre el Renacimiento, abunda también en señoras, muchas de las cuales toman notas, á pesar de lo incómoda que resulta la gradería sin mesas. Lo mismo puede decirse de la de M. Bouché-Leclercq. La de Arqueología, de M. Collignon, es más tranquila. Se conoce que el asunto no está al nivel de un público extenso. No faltan, sin embargo, señoras; y la abundancia de fotogra-

fías, láminas y dibujos con que el profesor acompaña é ilustra su explicación, da gran interés y realismo á su clase.

No debo insistir más. La vieja Sorbona está caracterizada con lo dicho, en lo bueno y en lo malo que tiene. Otro día hablaré de la nueva, hija de otras necesidades y de otro sentido en la enseñanza y cuyos frutos, si menos brillantes y aparentes, son más seguros y firmes.

1891.